

Una infancia rodeada de amor

Quienes están en contacto con el mundo de los niños, insisten cada vez más en la importancia que tienen los primeros años en la formación del individuo. El bebé que es odiado, abandonado, frustrado, tiene muchas probabilidades de convertirse en un esquizofrénico. En grado menor, la indiferencia, el abandono, la falta de estímulos hacen nacer en él un sentimiento de inseguridad y lo llevan a encerrarse en sí mismo. Simone de Beauvoir al recordar sus primeros tiempos dice: «Ignoro cómo fui destetada, cómo fui iniciada en la pulcritud y cómo reaccioné. Pero mi madre era joven, alegre, y estaba orgullosa de haber logrado su primer hijo: tuvo conmigo relaciones tiernas y cálidas. Una familia numerosa rodeó con solicitud mi cuna. Me abrí al mundo confiadamente. Los adultos soportaron mis caprichos con una sonrisa de complacencia: eso me convenció de mi poder sobre ellos. Mi optimismo animó esta exigencia que me ganó desde el comienzo de mi historia sin abandonarme nunca: ir hasta el fondo de mis deseos, de mis rechazos, de mis actos, de mis pensamientos. Sólo se exige cuando se cuenta con obtener de los demás y de uno mismo lo que se reclama; sólo se lo puede obtener si se lo reclama. Agradezco a mis primeros años por haberme dotado de esas disposiciones externas».

Es cierto que la vida no es un simple desarrollo lineal, y que en cualquier momento corre el riesgo de ser detenida, desviada o mutilada, pero igual de cierto es que un comienzo feliz pone al individuo en situación de sacar provecho de toda una serie de circunstancias positivas, mientras que un comienzo desdichado puede quitar muchas oportunidades.

Beauvoir insiste en el tema de su infancia: «La mía fue serena. La comprensión que reinaba entre mis padres confirmó —al margen de algunos tropiezos— el sentimiento de seguridad adquirido desde la cuna. Por lo demás, no había conflictos entre la imagen que el medio me ofreció y mi evidencia íntima».

El hecho de tener una hermana menor, también lo señala Beauvoir como un dato muy positivo en su vida afectiva y en el desarrollo personal de sus primeros años. Entre Simone y Poupette se estableció una buenísima relación fraterna que se fue consolidando a lo largo de toda su vida. «¿Si hubiera sido un varón —se pregunta—, las cosas habrían marchado de manera distinta? No sé. De todos modos, creo que no habría sido ventajoso para mí, más bien habría padecido. Creo que haber tenido una hermana menor y próxima a mí por la edad fue una de mis suertes. Me ayudó a afirmarme. Inventé la mezcla de autoridad y de ternura que caracterizaron mis relaciones con ella. Le enseñé a leer, a escribir y a contar por mi propia iniciativa. Elaboré por mí misma nuestros juegos y nuestra viva relación. Mi actitud respecto a ella derivaba de lo que yo era. Feliz, segura de mí y abierta, nada me impedía acoger cálidamente a una hermana menor por la que no sentía celos.»

Una adolescencia conflictiva

Hasta los doce o trece años su padre era para Simone el colmo de toda su admiración y afecto. Le impresionaba su cultura, su inteligencia, su facilidad de expresión. A partir

de los trece años las relaciones se hicieron tirantes, ya que al crecer, iba advirtiendo las contradicciones del personaje.

«George de Beauvoir se ocupaba cada vez menos de su hogar —escriben las biógrafas de S. de Beauvoir, C. Francis y F. Gontier—. Por las noches iba a jugar al bridge, los domingos iba a las carreras, pero tenía muy poco dinero para derrochar, verdaderamente. A veces volvía a las ocho de la mañana, apestando a alcohol. Se le veía en el Café de Versailles, conocido por sus prostitutas, o salir del Sphinx, el famoso burdel del boulevard Edgar-Quinet.» El ambiente familiar se fue haciendo cada vez más denso. Se peleaban por cualquier cosa, y su madre, callada y encogida, no se atrevía a enfrentarse con la situación. Simone recuerda «las bofetadas, los gritos, las escenas, no sólo en la intimidad, sino incluso en presencia de invitados». Por aquel entonces, su refugio y su remanso de paz comenzó a ser la literatura, culto que en un principio debió a su padre quien les había inculcado que el poder, el dinero y los éxitos sociales desaparecían ante el genio creador.

El hogar amoroso y feliz de la infancia había derivado en un caos, pero el caótico panorama familiar a Simone ya la pesca preparada para no sucumbir. Desde muy pequeña sabe que una mujer puede abrirse bien camino en el campo de las letras y está dispuesta a luchar para conseguirlo, también sabe que de ninguna manera piensa vegetar como su madre. A los quince años, cuando le preguntan, «¿Qué quieres ser de mayor?», responde, «Una escritora famosa».

La certeza de que un día alcanzaría la independencia económica y la gloria le dio una gran seguridad interior y le llevó a que las dificultades familiares no alteraran el curso de su vida. Pero otro factor importante también va a influir de manera fundamental en los ánimos de Simone, se trata del descubrimiento del amor, por primera vez fuera del ambiente estrictamente familiar.

Ser yo misma y amar

Beauvoir recuerda en sus *Memorias de una joven formal* que su primer gran enamoramiento fue a los diez años por una compañera de clase llamada Zaza Mabile: «El azul del cielo se empañó —escribe—. Las clases me aburrían... Los días ya no tenían aliciente... Parecía que el mundo hubiera muerto sin avisar... Cuando apareció Zaza, empezamos a hablar, a contar, a comentar; las palabras me salían a borbotones y en mi pecho ardían mil soles; en un estallido de alegría me dije: “¡Era a ella a quien echaba de menos!” Mi ignorancia de las auténticas aventuras del corazón era tan radical, que no se me ocurrió que sufría por su ausencia».

«No pretendía que Zaza sintiera por mí —dice también— un sentimiento tan definitivo: me bastaba ser su compañera preferida. La admiración que sentía por ella no me disminuía a mis propios ojos. El amor no es la envidia. No concebía nada mejor en el mundo que ser yo misma y querer a Zaza.»

Simone cuenta en sus *Memorias* cómo a partir de aquel entonces sus padres dejaron de ser para ella «generentes seguros», y pasó a querer tanto a Zaza que le parecía más real que ella misma: «yo era su negativo».

En el período de aquel gran primer amor, Simone descubrió mucho de ella misma; de sus emociones, sueños, deseos..., pero no llegó a descubrir lo que supone el poder comunicarse sinceramente con alguien. «Nada más convencional —dice— que las cartas que cambiábamos. Zaza utilizaba los lugares comunes un poco más elegantemente que yo; pero ni la una ni la otra expresábamos nada de lo que nos importaba realmente.»

En el último tomo de sus *Memorias* titulado *Final de cuentas*, Simone analiza desde su vejez, los acontecimientos que de alguna forma han sido claves en su vida. Cuando recuerda su amor por Zaza, reconoce que gracias a ella conoció la alegría de amar, el placer del intercambio intelectual y de las complicidades cotidianas. Gracias a ella abandonó su personaje de niña sabia, al enseñarle, aunque superficialmente, la independencia y la irrespetuosidad. Sin embargo, añade que Zaza «no participó en los conflictos intelectuales que marcaron mi adolescencia; nunca la mezclé con el proceso que se llevaba a cabo en mí. Incluso le oculté cuidadosamente que leía libros prohibidos, que cuestionaban la moral y la religión, y le disimulé durante mucho tiempo que ya no creía en Dios».

Beauvoir ya anciana, sintetiza lo que para ella significó aquel primer amor diciendo: «Sin Zaza mi adolescencia y mi juventud habrían pasado en una triste soledad. Fue mi única relación alegre con la vida no libresca. Tendía a defenderme con un orgullo crispado contra las fuerzas hostiles; mi admiración por Zaza me salvó, librándome de llegar a los veinte años desconfiada y amargada, en vez de estar dispuesta a acoger la amistad y el amor, única actitud propicia a suscitarlos».

En casi todos sus libros la escritora francesa afirma una y otra vez que ella siempre ha dado mucha importancia al amor, seguidamente veremos cómo a lo largo de toda su vida real también supo dársela.

Un ser superior

Como la inmensa mayoría de las quinceañeras, al cumplir esa edad, Simone elucubra acerca del que ha de ser el hombre de su vida: «Me enamoraría —escribe— el día en que un hombre me subyugara por su inteligencia, su cultura, su autoridad». Y también aclara: «yo sólo me casaría si encontrara más cumplido que yo a mi semejante, a mi doble». Reclamaba alguien que fuera superior a ella y tiene claro que no está dispuesta a remolcar a un zángano: «En ese caso —dice— el celibato era preferible al casamiento. La vida en común debía favorecer y no contrariar mi empresa fundamental: apropiarme del mundo». Durante varios años ese esquema orientó sus sueños.

Beauvoir se enamoró primeramente de uno de sus profesores llamado Garric, pero el asunto no pasó de ser un amor platónico de alumna a profesor. Seguidamente, fue un primo suyo quien pasó a ser el hombre de sus sueños: «Miraría a Jacques: sería mío —escribe en *Memorias de una joven formal*—. Ninguna duda: lo amaba, ¿por qué él no iba a quererme? Me puse a hacer proyectos de felicidad».

Jacques nunca llegó a declarársele en firme. Ella por su parte, tampoco deja nunca de dudar: «Por momentos me convencía que podía vivir junto a Jacques sin mutilarme; luego el terror volvía a apoderarse de mí. ¡Encerrarme en los límites de otro! Tengo